

LO IMPORTANTE ES URGENTE

Retos de los comunicadores para construir democracia En América Latina

William Fernando Torres

Para empezar, un saludo y una confesión. En el saludo quiero expresarles mi alegría por estar aquí, en El Salvador, en este encuentro con las y los cálidos colegas centroamericanos y, en especial, con tantos y tantas estudiantes que nos entusiasman e interpelan con sus sueños. Como ellos y ellas se han tomado el trabajo de venir en bus desde lejanos lugares –impulsados por la sed de aventura, siempre tan ligada al conocimiento-, tengo la ilusión de que con esa fuerza, en estos breves días, todos podremos echar a volar una gran máquina de pensar juntos. Una que nos ayude a establecer retos *importantes* y *urgentes*.

Por otra parte, en mi confesión quiero compartirles que me ha conmovido mucho el encontrarme de pronto aquí, en la casa del padre Ignacio Ellacuría, y ver realizado uno de sus grandes sueños: este espacio para formar comunicadores en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

*

Quizás ahora ustedes se pregunten cómo se pueden tener dos sentimientos tal vez encontrados al mismo tiempo. Como quiero evitarles las dudas, debo decirles que mi alegría ha sido posible gracias a la generosidad del Maestro Jesús Martín Barbero. Pues él, ante las dificultades que se le presentaron para venir, cuatro días atrás me sacó de mis oficios de gitano, me regaló su pasaje y me empujó a un avión lleno de historias. Así estoy hoy ante Ustedes como en una cita a ciegas. Y, como en todas ellas, lleno de temor y expectativas. Vulnerable.

Mi conmoción actual, en cambio, viene de tiempo atrás. Hace casi 25 años, en aquellos tiempos de las máquinas de escribir manuales, preparé un artículo titulado “El Salvador, ¿a la ofensiva final?” para la revista *Viejo Topo* de Barcelona. En él presentaba a lectores españoles un ligero panorama sobre la guerra que asolaba este país; refería, también, las estrategias de la intervención norteamericana aquí y discutía las noticias de prensa sobre la ofensiva que lanzó el FMNL en enero de 1981. Para redactarlo, recogí mucha información y, entre los papeles que la traían, hallé unas declaraciones que me atraparon por su descarnada contundencia pero, en particular, por su búsqueda de alternativas claras y viables. Eran del padre Ellacuría. Eran las de un *mediador*.

Luego, seguí su huella en conversaciones con paisanos latinoamericanos que, en esos principios de los ochenta, luchaban desde España contra las dictaduras en América del Sur, contra el Estatuto de Seguridad en Colombia, o apoyaban los procesos revolucionarios en Centroamérica y sus campañas de alfabetización. Para ellos Ellacu –como lo llamaban- era una leyenda, tanto por la actividad que desplegaba en Europa para construir democracia en El Salvador, por sus reflexiones sobre filosofía e historia, como por seguir siendo el guía de la UCA desde el lugar donde estuviera. Tiempo después, en noviembre de 1989, nos golpeó la brutal noticia de su asesinato y el de sus compañeros y ayudantes. Fue otro atropello que hizo sentir *impotente a nuestra indignación*.

Ayer al atardecer, tuve la fortuna de que la poeta y profesora Amparo Marroquín Parducci –discípula de Jesús Martín Barbero- me trajera a la Universidad. Caminamos bajo la fresca penumbra que regalan los grandes árboles, escuchando el concierto de los pericos, en dirección a esa oficina suya donde nos saluda un poema de Jaime Sabines en la puerta. En algún momento salimos del sendero y quedamos en silencio frente a la capilla donde están enterrados el padre Ellacuría y sus amigos.

De súbito, en ese instante, me sentí un peregrino. Y como los peregrinos, supe que estaba buscando iluminaciones y redención. Quizás había llegado al lugar pero tal vez aún no estaba preparado para entrar en él. Amparo percibió mis dubitaciones y con sabia sutileza señaló el rumbo hacia la Facultad, hacia el legado del jesuita. Allí me dejó para que, en segundos, me reconvirtiera de peregrino en profesor y terminara de organizar los apuntes que debo compartirles.

Con todo, no me fue fácil apaciguar la sorpresa. Pues publicar un artículo en el que uno reproduce afirmaciones de una persona a la que termina admirando y, de manera inesperada, descubrirse -años después y en un mismo lugar-, frente a su tumba y obra viva, son hechos que conmueven e interpelan. ¿Qué quieren decir estas coincidencias? ¿Son simples casualidades o hay, tras de ellas, algún hecho a descifrar?

*

En lugar de aventurarme en las inquietantes divagaciones a las que incitan las anteriores preguntas, prefiero ser prosaico y recordar la antigua sentencia según la cual las cosas hechas a medias nos persiguen a lo largo de la vida. Nos tiran de la camisa. Por esa razón, los artículos que no nos salen bien nos asaltan en lugares imprevistos, para que no los dejemos a la intemperie y soportando la burlona piedad de los lectores.

Así, pues, tengo la sospecha de que mi viejo artículo me empujó hasta aquí. ¿Para qué? Tal vez para descubrir mis errores por no haber hecho para él *trabajo de campo* en El Salvador como lo hicieron para sus admirables textos Joan Didion, Ryszard Kapuscinski, Javier Darío Restrepo o Jon Lee Anderson. Tal vez para que le haga nuevas preguntas a las reflexiones de Ellacuría porque mi admiración me llevó a confiar en sus palabras *sin hacerles las imprescindibles interrogaciones de la crítica*. Pero, sobre todo, quizás mi artículo me haya empujado hasta acá para que lo corrija y actualice.

Por eso no me parece una coincidencia que Ricardo Roque Baldovinos y Amparo Marroquín, mis amables anfitriones, me pidan que reflexione con Ustedes sobre la siguiente pregunta: *¿Cuáles son los retos que tienen los comunicadores para construir democracia en los actuales procesos del continente?*

Por supuesto, para enfrentar tan compleja cuestión podemos tomar muchos caminos. Pero aquí prefiero seguir el viejo sendero de los rumiantes, el de partir la pregunta en otras más pequeñas con el fin de ir las abordando una a una para encontrar elementos con qué construir la respuesta buscada. Así, entonces, nuestras interrogantes más chicas serían dos: ¿Cuál es la democracia existente hoy en América Latina? Y, en consecuencia, ¿cuáles serían los retos que tienen los comunicadores para fortalecerla?

1. ¿Cuál es la democracia existente hoy en América Latina?

Los artículos de revistas latinoamericanas de análisis sobre los procesos del continente suelen trabajar desde dos perspectivas conocidas –y que, en ocasiones, intentan combinar–: por un lado, el análisis estructural; por otro, las narrativas sobre procesos y agencias. Pienso en revistas como *Nueva Sociedad* (Caracas), *Punto de Vista* (Buenos Aires), *Revista de Crítica Cultural* (Santiago de Chile), o *Número* (Bogotá). Por lo general, estos textos examinan los entrecruzamientos y superposiciones de la política, la economía, la cultura desde miradas complejas y contemporáneas.

1.1. Los relatos

Los expertos sobre el pasado

En el caso de la política, muchos de los trabajos sostienen que los proyectos estatales –o paraestatales–, en el curso de los 70 y 80, fueron los de liquidar a los opositores con un fin preciso: el de garantizar las condiciones de seguridad para la inversión extranjera, para el capital financiero transnacional. En la economía, recuerdan que la tarea fue la de emprender una carrera de privatizaciones con el propósito de reducir el tamaño del Estado, hacerlo rentable, bajar la deuda externa y posibilitar que el ahorro conseguido aliviara las dificultades de los más

pobres. En el caso de la cultura, los textos mencionados no se ocupan ya tanto de las políticas en el área, sino más bien del complejo panorama vivido en el continente: así pasaron de cuestionar las reduccionistas concepciones imperantes sobre cultura para proponer otras que la entendían como la producción, circulación y recepción de bienes simbólicos, y, además, a caracterizarla a ella como híbrida y a los latinoamericanos como diferentes, desiguales y desconectados. Caracterizaciones que, por cierto, hoy son objeto de cuestionamientos.

Las consecuencias de esos procesos están a la vista. En la política, como sabemos, en casi todas partes campeó la corrupción y se profundizó la guerra sucia. A su vez, esta última se convirtió en una hidra de siete cabezas al mezclársele narcotráfico, paramilitarismo, fumigaciones y planes de intervención cofinanciados por los Estados Unidos, en particular en la zona andina. Paralelo a lo anterior hubo, primero, el genocidio y, luego, la intención de repartir la culpa para minimizar las responsabilidades. Tal como lo advierte el escritor argentino Ricardo Piglia (1987) en sus reflexiones sobre la dictadura y la transición en la Argentina:

El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer. En la época de la dictadura, circulaba un tipo de relato "médico": el país estaba enfermo, un virus lo había corrompido, era necesario realizar una intervención drástica. El Estado militar se autodefinía como el único cirujano capaz de operar, sin postergaciones y sin demagogia. (...) Ése era el núcleo del relato (...). En verdad, ese relato venía a encubrir una realidad criminal (...). Pero al mismo tiempo la aludía explícitamente. Decía todo y no decía nada: (Era) la estructura del relato de terror.

Con la transición de Bignone a Alfonsín (...) se cambia de género. Empieza a funcionar la novela psicológica (...). La sociedad tenía que hacerse un examen de conciencia. (...) Se construye una suerte de autobiografía gótica en la que el centro era la culpa (...). Cada uno debía elaborar su relato autobiográfico para ver qué relaciones personales mantenía con el Estado autoritario y terrorista. Difícil encontrar una falacia mejor armada: se empezó por democratizar las responsabilidades. Resulta que no eran los sectores que tradicionalmente impulsan los golpes de Estado y sostienen el poder militar, los responsables de la situación, sino ¡todo el pueblo argentino! Primero lo operan y después le exigen el remordimiento obligatorio.

Por otra parte, en cuanto a la economía, las consecuencias no fueron sólo el paulatino desmonte de parques industriales a los que se consideraba no competitivos en la globalización sino también el consiguiente incremento del desempleo, el subempleo, la migración masiva de nacionales hasta niveles nunca vistos antes. Al punto que, como todos saben, muchos países latinoamericanos viven hoy de las remesas que envían paisanos y familiares desde exterior.

En medio de estas circunstancias, los ya marginados en la vida cotidiana –parientes de detenidos, torturados y desaparecidos; quienes quedaron sin empleo por la endémica reducción de plantillas, pensionados sin mesadas, pequeñas y pequeños propietarios campesinos, colonos, indígenas, desplazados, jóvenes GLTB- fueron estigmatizados aún más si cabe, invisibilizados luego y finalmente excluidos de las estadísticas y las narrativas oficiales de nación. Como ha

dicho con hiriente lucidez Jesús Martín Barbero: “Ahora ya no nos convocan para explotarnos sino sólo para excluimos”.

Los relatos de las organizaciones internacionales sobre el presente

Ahora bien, al dar el salto hasta la actualidad, encontramos que la Comisión Económica para América Latina –CEPAL- prevé que en el 2005 la *economía* del continente –incluido el Caribe- crecerá un 4,3%, y con ello se llegará al tercer año consecutivo de mejoramiento en esa área. Por consiguiente, el PIB per cápita podrá incrementarse alrededor del 3%; el desempleo disminuir desde el 10,3% en el 2004 al 9,3% en 2005; y bajar los índices de pobreza desde el 44% en 2002 al 40,6% en 2005.

Tan buenas noticias, sin embargo, no ocultan la existencia de enormes abismos sociales. Por un lado, advertimos que en los últimos años un grupo de países ha mejorado sus índices de productividad económica y generado riqueza. Por otro, encontramos que esta riqueza no se compartió con toda la sociedad sino que, más bien, se ha concentrado en unas cuantas manos pues a no todas llega el 3% citado, y por ese motivo se mantienen los escandalosos índices de pobreza y miseria antes referidos.

A tan malas noticias se suman otras que indican que, entre 2003 y 2006, la región crecerá 1.4% menos que el conjunto de los países *en desarrollo*. Añaden ellas que la inversión externa en nuestros países aún está por debajo de los índices de 1998. Es decir, que esta inversión sigue siendo menor de lo que fue en el monstruoso periodo de las dictaduras en el sur del continente en los setentas y ochentas y en el que muchas multinacionales no fueron ajenas a las desapariciones y torturas que ocurrieron.

A todos estos datos los corona el hecho –ya citado- de que en algunos de nuestros países sobrevivimos de forma mendicante: pues lo hacemos gracias a los giros de quienes se fueron a trabajar en el llamado Primer Mundo -asumiendo enormes riesgos- porque entre nosotros no encontraron oportunidades. Así, vaya paradoja, unos vienen a lucrarse con nuestras materias primas y servicios públicos, mientras muchos de nosotros tienen que irse como mano de obra mal paga a los lugares de donde provienen aquellos.

Por otra parte, los gobiernos de nuestras naciones están firmando o negocian todavía un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos que –como se ha visto en México- puede arrasarse con la producción agropecuaria, desmantelar más la menguada industria doméstica, entregar la biodiversidad a la biopiratería, poner en riesgo los saberes ancestrales sobre la naturaleza y, por supuesto, también la propiedad intelectual.

Pero dejemos aquí por ahora las noticias de la economía y acerquémonos al acontecer de la política. En cuanto a ella advertimos que en el continente hemos ido pasando de las dictaduras y gobiernos de derecha antes reseñados a una tendencia de gobiernos de izquierda que, según los analistas, pendulan entre el radicalismo de Chávez en Venezuela y la moderación de Lula en el Brasil. No obstante, sabemos que el clientelismo y la corrupción persisten en la zona. También la polarización política y la dificultad para el diálogo entre los diversos partidos y ante a los ciudadanos.

El clientelismo y la corrupción se encuentra entre políticos que crean microempresas electorales para poder apropiarse de los dineros públicos, y entre los grupos privados y compañías extranjeras que hacen jugosos donativos con el fin de obtener facilidades para sus intereses. Allí están los casos del PT brasilero o del expresidente de Costa Rica y efímero secretario de la OEA.

La casi imposibilidad del diálogo se halla en países donde se firmaron acuerdos de paz pero aún perviven las cicatrices de la guerra, o donde siguen en pie grupos armados ilegales a menudo vinculados con el narcotráfico. Tal es el caso colombiano en el que estos últimos se pretenden Estado —o aspiran a reemplazarlo— y con ese fin desvían los dineros públicos, intimidan a la población para imponer candidatos, asesinan a quienes disienten, y corrompen a funcionarios y jueces. De esta manera consiguen apoderarse del territorio y reordenarlo por la fuerza al crear atmósferas de terror que destruyen los *tejidos comunicativos*, las *memorias* y los *imaginarios de futuro* sociales. Es decir, disocian las *subjetividades*.

Por tanto, como sostiene el fallecido profesor chileno Norbert Lechner en su libro *Las sombras del mañana* (2002), “La democracia realmente existente no cumple con los postulados de soberanía popular y de representación política, no respeta la autonomía del individuo y el protagonismo del ciudadano y, por sobre todo, está lejos de ser un ‘gobierno del poder público en público’”. En resumen, entre nosotros el ejercicio de ciudadanía y la participación que le es inherente, parece reducirse al mero hecho de votar y responder encuestas. Mientras esto acontece, los habitantes denuncian que los Estados no los escuchan. Ello los lleva a sentir malestar con la política y cierta indiferencia por la democracia.

Por eso inquieta saber que, según el informe PNUD de 2004 sobre la democracia en América Latina, el 54.7% de los ciudadanos “apoyaría un régimen autoritario si éste le solucionara sus problemas económicos”. Y esto pese a que, de acuerdo con el informe, en el continente llevamos un cuarto de siglo con gobiernos democráticos —es decir, elegidos por sus habitantes—; ya reconocemos la diferencia entre Estado y gobierno y, además, apostamos por tener Estado así no compartamos las políticas de los gobiernos.

Inquieta mucho saber que preferimos la tranquilidad económica a la ausencia de libertades políticas. Inquieta mucho, cuando sabemos que la tranquilidad económica no puede ser estable ni permanente porque ella depende de muchísimos factores –algunos imprevisibles e incontrolables-, y de decisiones en las que no podemos influir, incluso en una democracia, porque ellas someten al control político o escapan a él. Inquieta mucho, también, que podamos renunciar sin más a la libertad de expresión y de opinión, a los derechos humanos, al libre desarrollo de la personalidad.

¿Quiere ello decir que nos han sometido y explotado tanto que ya sólo aspiramos a conseguir los mínimos para sobrevivir? ¿Será cierto que cuando tenemos hambre nuestras prioridades se reducen a conseguir alimento y perdemos de vista los horizontes de realización humana? ¿Será que pese al hecho de reconocer la diferencia entre Estado y gobiernos, y de elegirlos –presionados o no-, desconocemos o no estamos informados sobre las posibilidades de realización humana y las potencialidades que puede dar la democracia para desarrollarlas? ¿Será idealismo plantearse estas preguntas en un continente en el que más de 225 millones de personas viven por debajo de la línea de pobreza?

Por cierto, como alternativas al grave dilema planteado, o como caminos para fortalecer la democracia en América Latina, los autores del informe PNUD –dirigido por el excanciller argentino Dante Caputo- recomendaron cuatro tipos de acción básica: uno, “revalorizar el contenido y la relevancia de la política como el ámbito en que se adoptan las decisiones fundamentales que afectan a la sociedad”; dos, “construir una nueva legitimidad del Estado”; tres, “promover una mayor diversidad y flexibilidad de las opciones de política económica al tiempo que se mantiene la estabilidad macroeconómica”, y cuatro, “considerar el impacto de la globalización en América Latina como parte del debate de la democracia”.

Pero a más de las anteriores concentración de la riqueza, enorme desigualdad social, corrupción, narcotráfico y guerra, y poco arraigo de la democracia, ¿qué pasa ahora en la cultura? Sobre este punto, Martín Hopenhayn en su informe *Educación, comunicación y cultura en la sociedad de la información: una perspectiva latinoamericana*, publicado por la CEPAL en 2003, sostiene que tenemos retos urgentes e importantes:

Los acelerados cambios que impone la sociedad de la información en el ámbito productivo y comunicacional obliga a los nuevos medios a una rápida y ágil adaptación para la transmisión de conocimientos, la comunicación a distancia y el uso de la información. En el área educacional, más que contenidos curriculares, se requiere generar una disposición general al cambio en las modalidades de aprender, comunicarse y producir. En este marco, es urgente mejorar la calidad y pertinencia del sistema educacional a fin de que éste cumpla una función estratégica en el tránsito de las sociedades nacionales hacia un orden global, competitivo y altamente interconectado, centrado en el paradigma de la sociedad del conocimiento. Es necesario, además, armonizar los progresos educativos con otro pilar de la sociedad de la información, a saber, el acceso al intercambio comunicacional por medios audiovisuales e interactivos, donde no sólo se juega la competitividad sino también la identidad cultural y, cada vez más, la participación ciudadana. De allí la importancia crucial de las mediaciones entre educación,

industria cultural y las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (TIC). Educar con estas tecnologías implica educar para imprimirle al uso de las TIC sentidos que compatibilicen las nuevas formas de producir y trabajar con los actuales estilos de ejercer derechos, afirmar culturas, informarse, comunicarse a distancia y formar parte de redes.

En medio de los difíciles contextos reseñados, ¿será posible ir “hacia un orden global, competitivo y altamente interconectado, centrado en el paradigma de la sociedad del conocimiento”, donde afirmemos nuestras culturas y la participación ciudadana para la democracia?

Los relatos de los periodistas

Al lado de los relatos y propuestas de los expertos y de los organismos multilaterales, ¿qué papel cumplen hoy los relatos periodísticos?

Sobre el tema, la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano convocó al debate *¿Hacia dónde va el periodismo? Responden los maestros*, el 22 de junio de 2005 en Bogotá. Entre los maestros estaban algunos de los citados atrás –como Jon Lee Anderson o Javier Darío Restrepo-, y otros como la cronista Alma Guillermoprieto, el novelista Tomás Eloy Martínez o Daniel Santoro, el reconocido investigador del periódico *Clarín* de Buenos Aires. En la sesión final del encuentro, Germán Rey –con su habitual agudeza y humor-resumió las ponencias para llegar a estas conclusiones:

- 1) El periodismo está en crisis por causa de la pérdida de credibilidad y autonomía debida, entre otras cosas, a sus vínculos con el poder y a la autocensura a la que se somete ante ciertos sucesos y protagonistas;
- 2) Esta crisis se debe, además, al enorme impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, por cuanto ellas, por un lado, transformaron los flujos informativos y generaron nuevos tipos de comportamientos en las audiencias; por otro, porque erosionaron las lógicas periodísticas con su asincronía, polifonía, heterogeneidad e incoherencia, y le quitaron públicos a la prensa escrita y a la televisión.
- 3) Por consiguiente, el futuro le exige al periodismo no sólo defender su carácter independiente y su transparencia, sino también abrirse a la ciudadanía, contribuir a su fortalecimiento;
- 4) Para hablarle al futuro, el periodismo entonces tendrá que enfrentar grandes cambios en lo que respecta a sus éticas, calidades y técnicas –en el trabajo con las fuentes, en la investigación y en la escritura-, pero sobre todo en la apropiación del conocimiento emergente.
- 5) Asimismo, las conclusiones trataron sobre el oficio de los periodistas. Ellas plantearon la necesidad de tener una curiosidad de intelectual renacentista y una capacidad para organizar de manera sistemática el conocimiento apropiado; añadieron el deber de mantener la actitud incrédula y buscar siempre otras perspectivas; recordaron la pertinencia de escribir para que el lector tuviera la suficiente información con qué tomar sus propias decisiones.

1.2. Los contextos y las respuestas

Los tres tipos de relatos presentados exigen explorar muy brevemente los procesos globalizadores, la manera como transforman la comunicación, y las acciones políticas de los sectores medios y populares.

Globalización, comunicación y política

En líneas muy gruesas es preciso recordar que la economía financiera hegemónica y la imaginación militar, han generado incesantes desarrollos tecnológicos con el fin de controlar y concentrar la riqueza en las consabidas pocas manos. Mientras tanto, por su causa, el planeta se pudre y más de la mitad de sus habitantes naufragan en la miseria, la enfermedad y la guerra.

Frente a este paisaje producido por el capitalismo –en su fase de globalización neoliberal-, emergen movimientos en las más diversas latitudes para insistir en que aún “otro mundo es posible”. Con todo, hay quienes afirman que la carrera tecnológica se ha descarrilado y que, por consiguiente, ella es ahora la que nos diseña: hoy somos robots sonámbulos mutando a cyborgs. En estos contextos, ¿cómo la tecnología ha transformado la comunicación y la política?

En el caso de la primera, en el mundo urbanizado –o, más bien, tugurizado- en el que sobrevivimos, es evidente que cada día abandonamos más la relación cara a cara para pasar a contactarnos por medio de artefactos. Y lo hacemos de manera breve, rápida y contundente, porque el tiempo resulta muy costoso para relatar una historia con cierto detenimiento en los detalles, para ingeniosos juegos del lenguaje. En esas condiciones, es dable suponer que la lengua cotidiana se está reduciendo a un mínimo repertorio de señales y palabras apocopadas y frenéticas que si bien resultan eficaces para intercambios concretos, quizás no lo son para pensar y expresar las enormes complejidades en las que estamos inmersos.

Como ahora usamos con mayor frecuencia palabras multiusos, telegrafías, onomatopeyas, balbuceos, nuevos morses electrónicos, vale preguntarse si será que de esa manera estamos elaborando otros lenguajes para revelar inéditos tipos de percepciones, sentimientos, pensamientos. Por paradoja, muchos de los creadores profesionales de lenguajes eluden el anterior interrogante pues, en lugar de interesarse por gestar maneras para aprehender y expresar los nuevos panoramas, se dedican a producir narraciones ceñidas a los cánones de la industria cultural. A una que, valga la digresión, busca ganancias colosales mediante el conseguir que los públicos requieran cada vez más dosis más fuertes de situaciones insólitas, suspenso, emociones y efectos especiales.

Por eso pareciera que ya no vivimos la política en carne propia sino que la sufrimos a distancia. Sesiones parlamentarias televisadas y noticieros producidos por los múltiples intereses de los capitales privados, nos hacen sentir que la política transcurre en medios de amplia cobertura – los llamados “nuevos escenarios de la democracia”. Y que para acceder a ellos los sectores populares y marginados sólo pueden hacerlo en condición de víctimas o de quejosos, de quienes hacen una súplica o necesitan un favor –por supuesto, si cuentan con una relampagueante capacidad para la síntesis-, o si se les ocurre un arrebato tan desesperadamente imaginativo como el de pararse en solitario frente a un tanque en marcha en la Plaza Tiananmen y producir una noticia de onda larga. De resto, se los arrincona en las noticias judiciales.

Por esta razón muchos de los estratos medios y los sectores profesionales nos sentimos aislados, desencantados, impotentes. Tal vez apenas con el derecho a rezongar porque “nos robaron la política” (y quizás nuestros protagonismos). Pero acaso ¿ya no compartimos las indignaciones y esperanzas que nos empujaban a las plazas públicas hace poco? ¿las que llevan a los grupos étnicos a las carreteras? ¿hemos olvidado aquella profunda revelación feminista de que “lo personal también es político”? ¿abandonamos las iluminaciones de quienes nos enseñaron a aceptar la diferencia –entre ellos, los discapacitados y los GLTB- porque nos enriquece como humanos?

Por otra parte, ¿no vemos que en internet circulan las más diversas redes de discusión y resistencia? ¿No se apropiaron de esos tejidos comunicativos quienes convocaron y convocan manifestaciones antiglobalización hegemónica en cualquier rincón del planeta? ¿No fue por medio de teléfonos móviles que circularon los mensajes de “no nos mientan más” en Madrid –luego del atentado del 11 de marzo de 2004- y con los que los ciudadanos denunciaron que el gobierno del Partido Popular estaba manipulando la información para atornillarse en el poder? Y aunque estos hechos puedan parecer meras bocanadas de aire antes de la agonía definitiva, ¿podemos aceptar que estamos derrotados para luchar por otros horizontes para el globo?

Respuestas desde abajo para construir democracia

Pese al malestar con la política, la indiferencia con la democracia, el aislamiento, el desencanto y la impotencia, en América Latina hubo y hay resistencias a los regímenes autoritarios y búsqueda de alternativas para construir democracia. Estas provienen en gran medida de los movimientos sociales que luchan desde abajo. Ellos están integrados por los familiares de detenidos, torturados y desaparecidos, por los hijos de la guerra, por los desplazados –en lo político-; también por los sin trabajo ni tierra –en lo económico-; por los invisibilizados, estigmatizados, excluidos –en lo cultural-.

Fueron ellos quienes generaron los llamados nuevos movimientos sociales, pero –tras de sí- con una larga historia de combate. Sus luchas son por el derecho a la vida, por la inclusión en

igualdad, por la inclusión de la diferencia, por los derechos culturales. Es decir, por la democratización política y económica, por la reconstrucción de la economía nacional y por la construcción de visibilidades e identidades.

Veamos estrategias y logros en cada uno de los tres casos.

En la política, están las Madres de la Plaza de Mayo que en el próximo 2007 van a cumplir 30 años de haberse empezado a parar una tarde a la semana frente a la Casa de Gobierno exigiendo información sobre sus hijos. Entre sus estrategias, están las consignas que han pasado desde la primera de “aparición con vida” hasta la reciente de “resistir para combatir”. Con la primera, plantearon un reclamo y una política de justicia; con la segunda, recuerdan que no podemos quedarnos en la mera resistencia, que ella implica prepararnos para construir otra sociedad. De ahí que Florencia Saintout (2003) conciba que su consigna de “aparición con vida” condensa el sentido de los Derechos Humanos en tanto que opera como memoria de la sociedad y como proyecto de futuro. Entre sus logros están el haber visibilizado las desapariciones, el haber convocado a exigir justicia, verdad y reparación –que llevó a abrir el camino para que se dieran el Informe Sábado y el juicio a la Junta dictatorial hace justo 20 años-, el haber creado su propia universidad y estar exigiendo ahora las instalaciones de la ESMA – donde asesinaron a muchos de sus hijos- para abrir allí un museo que no permita olvidar las condiciones y circunstancias de las torturas y asesinatos.

En la economía, también en la Argentina están el conocido movimiento de los piqueteros y el de las Mujeres en Lucha. Los primeros emergieron del desempleo que generó la reducción de plantillas en el interior del país o de las inhumanas condiciones de vida en el conurbano de Buenos Aires y se asumieron como movimiento social de desocupados. Mediante el corte de autopistas, puebladas, lucha barrial –porque para ellos ahora “el barrio es la fábrica”. Y, además, la conformación de un polo sindical independiente, y también la negociación con políticos tradicionales, han conseguido planes sociales o seguros de desempleo.

Las segundas, vienen defendiendo desde hace 10 años los 7 millones de hectáreas embargados por los bancos españoles que les prestaron a sus maridos o a ellas mismas convenciéndolos de que se podían volver competitivos en estos tiempos. En su labor intentan preservar pequeñas propiedades familiares, trabajadas por generaciones desde el siglo XIX, con el propósito de que los bancos no engloben esas tierras para venderlas a inversores extranjeros y pongan así en riesgo la soberanía alimentaria. Aún les quedan dos millones de hectáreas por recuperar.

En lo cultural, mencionemos el movimiento de los indígenas y campesinos cocaleros del Chapare. Su defensa de la hoja de coca como elemento ritual que los integra y los cura, los ha llevado a crear -desde mediados de los 80- sindicatos locales y federaciones regionales que

impulsan huelgas de hambre, bloqueos de carreteras estratégicas, marchas a la capital y camping de territorios. Por cierto, en tales batallas se han destacado las mujeres. Estas trayectorias les han posibilitado conformar un partido con opciones de poder.

En suma, estos movimientos sociales no sólo han logrado visibilizar y conseguir sus reclamos, sino tejer redes nacionales e internacionales, proponer alternativas educativas, de soberanía nacional y búsqueda de perspectivas con base en la construcción de nuevos partidos y sindicatos.

Por otro lado, estos movimientos sociales han contribuido a la emergencia de nuevas subjetividades. Si asumimos que el estudio de las subjetividades se puede abordar desde el análisis de los tejidos comunicativos, las memorias, y los imaginarios de futuro colectivo, encontramos entonces –desde una mirada rápida y empírica- que los movimientos reseñados proponen construir unas desde:

Unos *tejidos comunicativos* que en lo oral retoman y renuevan la conversación cotidiana –hasta en lenguas que desconoce el dominador- al proponer nuevas temáticas, nuevas palabras y códigos y, también, nuevas geografías e historias para el diálogo. Este remozamiento de la oralidad se da, además, en rituales como el acullico que ahora incluso se amplían mediante el uso de radios comunitarias. En lo escrito, los nuevos tejidos pasan por la consolidación y sostenimiento de periódicos bilingües elaborados en talleres como *Conosur Ñawpagman* que circula en el entorno de Cochabamba y tiene 22 años de existencia. En lo audiovisual, por documentales que van de mano en mano por el continente (así como lo hicieron en los setentas *La hora de los hornos*, *Sangre de cóndor* o *El chacal de Nahueltoro*). Y en lo digital, por las intervenciones en internet o la preparación que adelantan por estos meses las comunidades indígenas para participar en la Asamblea Constituyente de Bolivia utilizando las nuevas tecnologías.

Unas *memorias* públicas, sociales y colectivas que enfrentan las oficiales y que se asumen como práctica política y búsqueda de salida al trauma, pero que sobre todo retoman y resignifican antiguas narrativas culturales.

Y unos *imaginarios de futuro* en los que plantean su proyecto de democracia, ya citado atrás, de defensa de la vida, inclusión con equidad, inclusión de la diferencia.

Conclusiones provisionales

¿Qué nos deja este recorrido en brocha muy gorda por los relatos expertos sobre los procesos económicos, políticos y culturales de América Latina durante las tres últimas décadas; por los informes sobre el presente de agencias internacionales –como CEPAL y PNUD-; por los relatos

y retos periodísticos; por las consecuencias de la globalización tecnológica y su aparato tecnológico en la conformación de la especie humana y su comunicación; por el ejercicio de la política de los sectores medios y populares en ese contexto; y por los movimientos sociales desde 1977?

En principio, queda claro que si bien en el continente hemos podido transitar de dictaduras a democracias formales o democracias electorales, aún falta trecho para tener democracias de ciudadanos y ciudadanas como lo plantea el informe del PNUD. Y ello se debe, en muy buena medida, a que se mantiene la concentración de la riqueza y a menudo se la defiende con medidas violentas. Por ende, persiste la pobreza, la desigualdad social. Y a su lado se mantiene la intolerancia a la diferencia. También la ineficacia y corrupción de los gobiernos para enfrentar estos males. Desafortunadamente, los periódicos y los medios masivos han perdido la credibilidad y los públicos para enfrentar este orden de cosas.

Sin embargo, yendo más hacia el fondo, descubrimos que en América Latina la violencia generada por el narcotráfico, las guerras y el deterioro del medio ambiente, están contribuyendo a *disociar las subjetividades*, pues la violencia rompe los tejidos comunicativos, fractura y trastorna la memoria e impide tener gratificantes imaginarios de futuro. Ello incide en que muchos de nosotros *renunciemos a la libertad de expresión y opinión*, en que nos camuflamos de acuerdo con las circunstancias para conseguir la subsistencia y sobrevivir como se pueda, pero negándonos a acceder a la condición de humanos.

Pese a tan terribles circunstancias se nos anima –o exige– ir “hacia un orden global, competitivo y altamente interconectado, centrado en el paradigma de la sociedad del conocimiento”, donde afirmemos nuestras culturas y la participación ciudadana para la democracia. No obstante, esta exigencia resulta paradójica en un continente con 225 millones de pobres –en uno que el mismo autor de la propuesta, Martin Hopenhayn, ha calificado de desigual y desconectado–, pues si nuestras culturas son invisibilizadas o subsumidas en el mundo de la uniformización cultural en curso y no tenemos sociedades civiles consolidadas, ¿cómo vamos a ir hacia el orden global competitivo e interconectado? ¿Es ese acaso el único orden posible?

En esa dirección, ¿no tendríamos más bien que establecer los impactos de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en nuestras culturas? ¿No tendríamos que apropiarnos de esas tecnologías para que nuestras culturas dialoguen con otras culturas marginadas? ¿No tendríamos que discutir por medio de ellas los tres problemas que tenemos en común con la agenda mundial: los tan citados aquí de la guerra, el narcotráfico y el medioambiente?

Por cierto, en los complejos y múltiples contextos descritos, ¿no tendríamos también que elaborar nuevos lenguajes para revelar los inéditos tipos de percepciones, sentimientos, pensamientos que hoy nos abruman? ¿No tendríamos que interesarnos por gestar maneras para aprehender y expresar los nuevos panoramas?

2. ¿Cuáles los retos que tienen los comunicadores para fortalecer la democracia en América Latina?

Dado lo anterior, nuestros retos en suma son los de impedir la disociación de las subjetividades, luchar por la libertad de expresión y de opinión, por la visibilización de nuestras culturas y la consolidación de sociedades civiles (para que paren las guerras, el narcotráfico y el deterioro medioambiental). Asimismo, los de investigar los impactos de los TICS, y en especial gestar maneras de aprehender para expresar los inciertos panoramas en los que nos movemos.

Para darle algún orden a tantas exigencias podríamos sintetizarlas en tres urgentes e importantes, pues en las velocidades actuales a veces lo importante coincide con lo urgente. La primera sería en la investigación de la comunicación; la segunda, en la construcción de tejidos comunicativos fuertes y sanos en las comunidades, las organizaciones y las instituciones; la tercera, en la producción comunicativa.

En el primer caso, en la indagación de *prácticas, procesos, tejidos y ecosistemas* comunicativos. Las *prácticas comunicativas* son aquellos *hechos* de intercambio de significaciones que se hacen desde y entre las culturas orales, escritas, audiovisuales, digitales. Ellas se convierten en *procesos comunicativos* mediante las dinámicas que generan. A su vez, estos procesos constituyen *tejidos comunicativos* para articular redes sociales que, en sí mismas, propician el mantenimiento / cuestionamiento de las marcas identitarias con las que nacemos –de etnia, clase, creencias, genitalidad- y, por ende, la emergencia de nuevas subjetividades.

Elo nos lleva a entender también los *procesos comunicativos* como los hechos orales, escritos, audiovisuales o digitales que, en su conjunto, constituyen las *narrativas* en circulación sobre un tema y que, al mismo tiempo, conforman el *ecosistema comunicativo*. Uno que contiene a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Al mismo tiempo, asumimos los *tejidos comunicativos* como las redes dialógicas que van creando los habitantes con el fin de garantizar su integración y cohesión sociales y, además, su capacidad de respuesta ante situaciones –previstas o imprevistas- que pongan en riesgo sus seguridades e identidades.

Esta caracterización de las prácticas comunicativas asume la tensión abierta por la pregunta de Jesús Martín Barbero sobre la especificidad cognitiva de *lo comunicativo* como un *campo de*

construcción de conocimiento que se forja en la encrucijada de las ciencias sociales. Es decir, una pregunta que no espera la salida –ingenua- de suponer que “la comunicación integra los aportes de las ciencias sociales para proponer una nueva mirada sobre el mundo”, sino que apuesta por avizorar el espacio propio de lo comunicativo en medio de las crisis y reelaboraciones de las ciencias sociales en la complejidad contemporánea.

En el segundo caso, la construcción de tejidos comunicativos en las comunidades, las organizaciones y las instituciones, supone que los comunicadores deben apropiarse de las herramientas de la historia, la antropología, la sociología y la semiología con el fin de seguir los procesos de comunidades-organizaciones-instituciones, entender sus estructuras y conflictos, y la construcción colectiva de significados que ellas hacen.

En el último caso, en el de producción de comunicación, el reto no es sólo el de crear lenguajes para expresar las nuevas complejidades sino, sobre todo, el de forjar una agenda pública que nos permita discutir los problemas que tenemos en común con las demás sociedades del planeta. Ello, por cierto, nos llevará escribir mejores artículos que el que me trajo aquí. Unos que nos permitirán ser mediadores –como Ellacuría-, pero además que harán que nuestra no se sienta impotente nuestra indignación.

Coda

Si asumimos estas tareas tengo la certeza de que podemos abandonar nuestros ensimismamientos y, en cambio, podremos explorar otros horizontes para el globo. Tal vez así lleguemos a descubrir las secretas redes de sentido que se están tejiendo bajo las grandes hojas del planeta. Que así sea.